

# Trabajo y vivienda en la trampa de la estacionalidad turística. El caso de Villa Gesell<sup>1</sup>

[LUCÍA DE ABRANTES]

Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Territorio, Economía y Sociedad,  
Universidad Nacional de Río Negro/  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)  
deabranteslucia@gmail.com

## Resumen

Este artículo investiga algunos de los impactos generados por la estacionalidad del turismo en las ciudades costeras que lo practican. En particular, busca problematizar cómo el mercado turístico condiciona, transforma y encadena a otros dos mercados: el laboral y el inmobiliario. El estudio se centra en la localidad de Villa Gesell, ubicada en la costa atlántica de la provincia de Buenos Aires, Argentina. Con una población de 40 mil habitantes, es el segundo destino estival del país, recibiendo cerca de 2 millones de turistas durante las temporadas. Desde su fundación, este balneario ha explotado sus recursos naturales y paisajísticos, y ha subsistido gracias a los servicios que ofrece a los veraneantes argentinos. Con un enfoque etnográfico, la investigación analiza cómo las dinámicas estacionales de este modelo económico y social impactan en el acceso a la vivienda y en las prácticas laborales de los sectores populares y medios que allí residen. Palabras clave: ciudades costeras, estacionalidad turística, mercado laboral, mercado inmobiliario



<sup>1</sup> Artículo enviado: 8 de abril de 2024. Aceptado: 31 de diciembre de 2024

## **Work and housing in the trap of tourist seasonality. The case of Villa Gesell**

### **Abstract**

This article explores some of the impacts generated by the seasonality of tourism in coastal cities that practice it. In particular, it seeks to problematize how the tourism market conditions, transforms, and ties to two other markets: labor and real estate. The study focuses on the locality of Villa Gesell, located on the Atlantic coast of the province of Buenos Aires, Argentina. With a population of 40 thousand inhabitants, it is the country's second summer destination, receiving close to 2 million tourists during the seasons. Since its foundation, this resort has exploited its natural and scenic resources and has subsisted thanks to the services it offers to Argentine vacationers. Using an ethnographic approach, the research analyzes how the seasonal dynamics of this economic and social model impact access to housing and the labor practices of the popular and middle sectors living there.

Keywords: coastal cities; tourism seasonality; labor market; real estate market

## **Trabalho e habitação na armadilha da sazonalidade turística. O caso de Villa Gesell**

### **Resumo**

Este artigo investiga alguns dos impactos gerados pela sazonalidade do turismo nas cidades costeiras que o praticam. Em particular, busca problematizar como o mercado turístico condiciona, transforma e acorrenta outros dois mercados: o laboral e o imobiliário. O estudo concentra-se na localidade de Villa Gesell, localizada na costa atlântica da província de Buenos Aires, Argentina. Com uma população de 40 mil habitantes, é o segundo destino estival do país, recebendo cerca de 2 milhões de turistas durante as temporadas de verão. Desde sua fundação, este balneário tem explorado seus recursos naturais e paisagísticos e subsistido graças aos serviços oferecidos aos veraneantes argentinos. Com uma abordagem etnográfica, a pesquisa analisa como as dinâmicas sazonais deste modelo econômico e social impactam no acesso à moradia e às práticas de trabalho dos setores populares e médios que ali residem.

Palavras-chave: cidades costeiras, sazonalidade turística, mercado de trabalho, mercado imobiliário

## **Introducción**

“El turismo es una trampa, te atrapa [...] crea la ilusión óptica de una ganancia desmedida, pero se va el verano, llega el invierno y la cosa cambia [...]: sin trabajo, sin casa y sin sol, la playa ya no es la playa” (historiadora, 40 años)<sup>2</sup>. Estas palabras, dichas por una entrevistada, me invitaron a reflexionar sobre las relaciones que se extienden entre el turismo estival y los modos de vida. ¿Dónde se vive y cómo se trabaja en una ciudad que hace de la playa su principal atractivo, su recurso explotable y su fuente de supervivencia?

El turismo estival es el motor de la economía de la mayoría de los municipios del litoral atlántico de la provincia de Buenos Aires que se extiende desde la Bahía de

---

<sup>2</sup> Las referencias de las entrevistas realizadas incluyen aquellos datos (como profesión o actividad y edad) relevantes para problematizar los argumentos de los sujetos interpelados.

Samborombón hasta la desembocadura del Río Patagones (Mantero 2006; Bertoncello 2008; Ordoqui y Hernández 2009). Estos municipios, de distinto tamaño y alcance turístico, fueron concebidos durante las primeras décadas del siglo XX con la intención de ofrecer servicios recreativos a los viajantes argentinos (Dadon 2011). En aquellos años –en el marco de un proceso de modernización y urbanización más amplio–, se inició el conocimiento del litoral, pero también su transformación con fines lúdicos y ociosos (Bruno y Lemme 2010). La costa dejó de ser vista como un escenario improductivo y fue emergiendo la figura de la playa como aquel lugar ideal –e idílico– para desplegar el tiempo libre.

Durante la década del cuarenta, al compás de la democratización del bienestar, se impulsó la masificación del turismo y, con ello, el desarrollo de infraestructuras, rutas, caminos, negocios, hoteles, escuelas, servicios y balnearios (Pastoriza y Torre 2019; Piglia 2014). Asimismo, se traccionó la “materia viva” necesaria para fundar y hacer crecer distintas villas de veraneo. Así, muchas familias –provenientes de varios puntos del país– se establecieron en estos escenarios para participar de la prestación de servicios al veraneante.

Entre los años cuarenta y los ochenta los balnearios argentinos vivieron sus “años dorados” (Pastoriza 2011). En este contexto, apostar al sector turístico y desplegar el montaje de una ciudad para tales fines parecía ser una opción sensata: “Fueron los años dorados, vivíamos todos del turismo y nos iba bien” (agente inmobiliario, 79 años). Desde ese entonces, estos pueblos “subsisten” gracias a las ganancias de la “industria sin chimeneas”, viven de lo que “deja la temporada turística que se reedita cada verano” (comerciante, 68 años). Sin embargo, esta apuesta por “un pleno” no es –ni tampoco ha sido– siempre exitosa. Los habitantes más antiguos sostienen que los balnearios han tenido que lidiar, desde su origen, con los “vaivenes del verano y las temporadas”. Cuando me dispuse a preguntar con más detalle por estos vaivenes, encontré que lo que ocurre durante el verano (en la Argentina, de diciembre a marzo) depende de una multiplicidad de factores que no siempre pueden ser “controlados o anticipados”: la capacidad adquisitiva de los veraneantes, los lugares de moda, el clima, la accesibilidad del transporte, los calendarios oficiales, las crisis económicas, sociales o sanitarias, entre tantos otros. Por esto, sería lógico suponer que las ciudades dedicadas a ofrecer servicios turísticos de sol y playa hayan implementado –o al menos intentado– otras estrategias para subsistir cuando el verano no “promete lo suficiente”. Pero no es así: la mayoría de estas localidades –que ya cuentan con más de noventa años de vida– no han logrado diversificar sus actividades económicas y continúan atrapados “en la trampa”.

El turismo que practican –estacional e inestable– configura un mercado de trabajo complejo, informal, precarizado y volcado, esencialmente, al tercer sector. Los tiempos del trabajo son peculiares, impredecibles, flexibles y atormentados, porque una vez que la temporada termina, las posibilidades de encontrar trabajo son escasas o inexistentes. A su vez, este turismo impacta en el mercado inmobiliario. Junto al trabajo, el acceso a la vivienda es otro de los grandes desafíos. El desarrollo del mercado destinado al ocio ha generado que las formas de apropiación y los usos del suelo, así como la oferta de viviendas, se encuentren supeditados a las lógicas que imponen los agentes inmobiliarios y turísticos, quienes ven en estos recursos la potencialidad de incrementar su capital.

El presente artículo se propone abordar el fenómeno de la estacionalidad a partir

de las dinámicas de estos dos mercados que determinan las trayectorias de vida de cualquier sujeto porque, como me indicó un entrevistado, “la casa y el trabajo son las cosas básicas”. En esa línea agregó: “educación y salud, por suerte tenemos acceso público, pero hay que tener trabajo para comer y una casa en donde vivir y descansar” (camarero, 38 años). Con un sentido similar, otra entrevistada me explicó: “son dos derechos claves para todo ser humano” (historiadora, 40 años).

La investigación se sitúa en la ciudad balnearia de Villa Gesell, ubicada a 350 kilómetros de la Ciudad de Buenos Aires. Esta localidad, de 38.000 residentes permanentes, recibe cerca de un millón y medio de turistas durante la temporada y se presenta como el segundo destino estival del país, después de Mar del Plata (INDEC 2022a). En la actualidad, el 70 % de su Producto Bruto Geográfico (PBG)<sup>3</sup> obedece a las ganancias generadas por los servicios turístico y asociados: hoteles y restaurantes; servicios inmobiliarios, empresariales y de alquiler; comercio al por mayor y menor; transporte; logística y almacenamiento; y construcción (de Abrantes 2021).

Esta ciudad no-metropolitana (Greene y de Abrantes 2021) –al igual que otras balnearias de la Provincia de Buenos Aires– fue diseñada para la permanencia, pero también para la transitoriedad. Es decir, desarrolló toda la infraestructura necesaria para que los residentes puedan asentarse en estas tierras medanosas y también para que los turistas la visiten en un período de tiempo específico. Villa Gesell vive exclusivamente del turismo y, por esto, los geselinos señalan con frecuencia que “la temporada marca un antes y un después” en sus vidas (comerciante, 68 años). Marca, como me dijo otro interlocutor, “un cambio radical” (agente inmobiliario, 79 años)<sup>4</sup>.

La estrategia metodológica escogida es la etnografía: un abordaje que busca conocer y problematizar los fenómenos sociales desde las perspectivas, experiencias, prácticas y representaciones de los actores involucrados. Es decir, que se propone recuperar perspectivas nativas no sólo como formas de concebir y significar mundos, sino también como maneras de hacer y crear vida social (Quirós 2014). Este abordaje además construye argumentos de manera inductiva y desde la selección de un caso de estudio específico. Por esto, se trata de una metodología artesanal que combina recursos, técnicas y fuentes de diversa índole (Guber 2004).

Las técnicas de recolección de datos de esta investigación han sido, principalmente, las entrevistas en profundidad (a diversos habitantes, turistas y funcionarios) y las observaciones en el espacio público. Además utilicé diversas fuentes secundarias que se triangularon con los datos recogidos en campo. La multiplicidad de técnicas me permitió construir un corpus de datos amplio y capaz de sostener las ideas principales

---

<sup>3</sup> El PBG mide el valor de la producción, a precios del mercado, de bienes y servicios finales, atribuible a factores de producción físicamente ubicados en el país. Los PBG de los principales partidos del litoral atlántico bonaerense (Pinamar, Villa Gesell y La Costa), con la excepción de General Pueyrredón donde se incluye Mar del Plata, evidencian que en la actualidad estos escenarios viven esencialmente de las ganancias que deja la temporada turística estival (Departamento de Estadística, Provincia de Buenos Aires, 2024).

<sup>4</sup> La ciudad de Villa Gesell fue fundada en 1931 como una villa de veraneo y, desde ese entonces, se ha dedicado a ofrecer servicios turísticos. La historia da cuenta de un sinfín de intentos por romper la exclusividad de la actividad económica y también por desarticular la estacionalidad de la práctica. Sin embargo, como sostienen a lo largo de este trabajo mis interlocutores –residentes de este balneario–, ambas tareas aún continúan sin resolverse. Para más detalle sobre el recorrido histórico de la ciudad, el montaje del paisaje costero y el desarrollo de los servicios turísticos para los veraneantes ver de Abrantes (2024).

de este artículo. Los hallazgos fueron obtenidos a partir de un trabajo de campo, entre el 2015 y el 2022<sup>5</sup>, desplegado en invierno y verano.

Los argumentos antropológicos aquí volcados pretenden iluminar el fenómeno de la estacionalidad y, particularmente, los impactos que tiene este modo de organización social sobre el acceso a la vivienda y las formas de subsistencia para los trabajadores de las ciudades balnearias. En definitiva, este artículo busca develar una serie de dimensiones de la desigualdad social invisibilizadas y brindar algunas claves para descifrar la trampa de la estacionalidad.

### **Aportes conceptuales para desarmar la trampa**

En mis primeras incursiones en Villa Gesell detecté que la categoría “mercado” atravesaba la vida social de este balneario. Los geselinos la usaban una y otra vez para dar cuenta de un sinfín de elementos que hacían a la actividad económica, pero también para hablar de otras situaciones vinculadas con el trabajo, la vivienda y la sociabilidad local. La categoría resonaba en las voces de mis interlocutores para dar cuenta de transacciones de todo tipo y de las características que estas transacciones podían llegar a asumir: “mercado turístico”, “mercado de alquileres”, “mercado de trabajo”, “mercado de verano”, “mercado en alza”, “mercado restrictivo”, “mercado complejo”, en otras variantes que apunté en mi libreta de campo. Estas múltiples formas en las que el mercado emergía, me hicieron entender rápidamente que aquí radicaba una de las claves conceptuales para desarmar la trampa en la que esta ciudad parecía estar sumergida.

La pregunta por la cantidad y la cualidad de los diversos fenómenos y actores que intervienen en los movimientos y las lógicas de los mercados es un interrogante que este artículo no puede, ni pretende, responder. Los mercados apelan a un repertorio de situaciones disímiles: condiciones estructurales –locales, nacionales, internacionales–; gestión, intervención y regulación estatal en sus diversas escalas; estrategias, deseos, impulsos, gustos, capacidades o necesidades de una gran variedad de actores que van tejiendo los intercambios entre la oferta y la demanda. Se trata de configuraciones complejas, dispositivos densos encargados de asignar múltiples recursos, bienes y servicios.

La antropología ha explorado desde sus orígenes los distintos tipos de intercambios económicos que llevan a cabo los grupos humanos, incluso cuando las figuras del contrato, la moneda y el propio mercado parecían no encontrar lugar en sus campos etnográficos. Como señaló Narotzky,

La observación directa de sociedades no capitalistas mediante el trabajo de campo etnográfico produjo una información enorme y muy rica en matices sobre las actividades económicas en distintas sociedades por todo el mundo (2003: 134).

---

<sup>5</sup> Es importante mencionar que este texto forma parte de una investigación más amplia y de largo aliento que dio sustento a mi tesis de doctorado en Antropología Social defendida en el año 2022. Para esa investigación realicé más de 90 entrevistas en profundidad, trabajo de archivo en el Museo y Archivo Histórico de Villa Gesell y múltiples observaciones en el espacio público durante más de 7 años. Puntualmente, en este artículo se incluyen 26 entrevistas de ese total de referencias y las observaciones desplegadas durante las temporadas estivales del 2018, 2019 y 2020.



Sin embargo, desde hace ya algún tiempo, las formas occidentales y modernas del intercambio –los mercados capitalistas– han ingresado al campo antropológico como objetos de indagación (Wilkie 2018).

¿Qué aportes puede hacer esta disciplina para entender estos dispositivos que regulan el encuentro de dos voluntades ante determinados bienes y servicios? La antropología, en términos generales, problematiza la dimensión cultural de los intercambios reglados, en el mundo occidental y contemporáneo, por la figura del mercado y el contrato. Es decir, explora cómo se configuran las acciones en el marco de los intercambios, así como las formas de establecer las medidas de cambio, las distintas esferas de circulación y cómo se regulan estas transacciones (Narotzky 2003). Hay que decir también que la vocación antropológica no intenta resolver un interrogante tan amplio como el que señalé al inicio de este apartado. Por el contrario, busca situar estas configuraciones complejas e interpelarlas a través de casos anclados espaciotemporalmente y fenómenos específicos. Desde distintos casos de estudio y enfocándose en mercados diversos (de transacciones de bienes y servicios múltiples), esta disciplina buscó entender cómo se configuran, se sostienen y cambian estos dispositivos.

Algunos de los aportes realizados por este campo del conocimiento permitieron entender que los mercados son ficciones, construcciones humanas, reguladas y regladas por relaciones de poder (Graeber 2021). Además, que no son naturales ni universales, sino construcciones históricas y sociales situadas espacial y temporalmente (Polanyi 2007). Otros aportes, se enfocaron en discutir cómo los mercados –a diferencias de otros modos de intercambio– tienden a simplificar las relaciones sociales, cosificando elementos culturales complejos (Mauss, 2009; Strathern, 2023) y cómo moldean la ética y la moral, promoviendo una lógica utilitaria y materialista que desvaloriza otras formas de relaciones (Graeber 2021). La antropología también permitió observar a los mercados como sistemas culturalmente construidos que reflejan y moldean las dinámicas sociales y no como simples entidades económicas. A su vez, aquello que se intercambia no tiene sólo un valor económico sino también simbólico que busca satisfacer aspiraciones culturales o deseos específicos (Appadurai 1986).

Aquí pretendo comprender, recuperando estas perspectivas, de qué manera el mercado de trabajo y el inmobiliario se ven interpelados por otro mercado: el turístico. Es decir, abordar la interrelación de estos tres dispositivos que se solapan, se condicionan, se tensionan y se enredan. Estos mercados se convirtieron en el foco de mi análisis porque, justamente, el trabajo de campo me advirtió que allí confluían una variedad de conflictos cotidianos con los que lidian los habitantes de las ciudades balnearias en Argentina. En este sentido, la convivencia con los geselinos me permitió comprender que las dinámicas de estos dispositivos –atrapados en la estacionalidad– profundizan expresiones de desigualdad social.

Villa Gesell no practica cualquier tipo de turismo, sino uno que, en palabras de los locales, “sólo se activa en verano”. A pesar de que han intentado “romper con la estacionalidad” de la actividad promoviendo fiestas “fuera de temporada”, “ofreciendo descuentos para conocer la ciudad en invierno” o “creando paquetes vacacionales”, el verano sigue atrapándolos<sup>6</sup>. Al respecto, el intendente de la ciudad me explicó que

---

<sup>6</sup> En esta línea podría sumarse el Pre Viaje, política pública nacional que –nacida en el contexto pandémico– buscaba incentivar el turismo por fuera de las temporadas altas. Este programa de preventa turística reintegraba al turista el 50% del valor de los alojamientos, transportes, excursiones, entre otros,

el gran desafío que tienen “desde que nació Villa Gesell hasta la fecha, es romper con la estacionalidad. Porque en verano trabajamos todos y en invierno cuesta mucho mantenerse. El tema del trabajo es un problema que nos cuesta resolver. Lo mismo pasa con la vivienda” (Intendente, 55 años).

¿Cómo se comporta la oferta y la demanda de trabajo cuando la actividad económica se concentra, esencialmente, en tres meses? ¿Qué hacen los habitantes ante esas dinámicas? ¿Cómo regula el mercado inmobiliario la oferta de viviendas para el alquiler permanente? ¿Qué propiedades o terrenos están en venta? ¿A qué tipo de viviendas pueden acceder los locales? ¿Dónde viven los trabajadores de la ciudad y en qué sectores se alojan los turistas? ¿Con qué recursos cuenta el municipio para regular la distribución de viviendas?

Para dar respuestas a estas preguntas, es preciso explorar conceptualmente las características de la estacionalidad, entendida como una variación cíclica y predecible que organiza el flujo temporal en estaciones. Dada su capacidad de agencia, el tiempo estacional ha sido un objeto anhelado y explorado por la antropología. Las etnografías de principios del siglo xx evidencian que los antropólogos asumían la tarea de analizar el modo en que la estacionalidad se vinculaba con la organización social, económica, morfológica, política y cultural de los grupos humanos (Carbonel Camós 2004; Vargas Cetina 2007; Iparraguirre 2011).

Mauss fue pionero en conceptualizar este tiempo cuando analizó las variaciones estacionales del pueblo esquimal. En ese ejercicio supo establecer que “la vida social no tiene el mismo nivel durante todo el año, sino que atraviesa por fases sucesivas y regulares, de intensidad creciente y decreciente, de reposo y de actividad, de gasto y de reparación” (Mauss y Beuchat 1979 [1905]: 428). Estos contrastes, entre alta y baja intensidad, estarían dados por el cambio de estación (de Abrantes 2024). En esta línea se fueron sumando los aportes de los antropólogos Evans-Pritchard, Leach, Lévi-Strauss y, más recientemente, Gell, Descola, Fabian, entre otros. Sus investigaciones sugieren que la estacionalidad atraviesa a distintos grupos humanos de diversas formas: hay economías y mercados estacionales, hay producción estacional, hay movimientos demográficos estacionales –nacimientos, decesos, migraciones, etc.– y hay, también, prácticas culturales estacionales. El cambio de estación genera transformaciones en la vida de todos los sujetos, algunas más profundas (como la posibilidad de la supervivencia) y otras más superficiales (como lo referido a gustos o actividades recreativas).

Este artículo invita a explorar la estacionalidad en relación con el mercado turístico. Si bien no todos los escenarios padecen el fenómeno de la estacionalidad con la misma “crudeza”, lo cierto es que el turismo masivo se encuentra anudado a los movimientos de los calendarios oficiales: al descanso laboral y al receso estudiantil. Por este motivo los estudios sociales del turismo lo consideran determinante para el desarrollo de los destinos (más allá de sus particularidades) y una de las dimensiones más influyentes en las dinámicas cotidianas de los “anfitriones” (Higham, y Hinch 2002; Goulding, Baum y Morrison 2005; DNMyE 2022, de Abrantes 2024). Como explican Baum y Lundtorp (2001), la estacionalidad es una característica central del turismo que refleja tanto la naturaleza cíclica de la demanda como los desafíos económicos y sociales que surgen de las fluctuaciones en el número de visitantes. Comprender las complejidades de la

---

de aquellos prestadores que se encontraran inscriptos.

estacionalidad “no sólo es esencial para una gestión eficaz de los destinos, sino también para garantizar que se mitiguen los impactos económicos, ambientales y sociales de las fluctuaciones en el número de visitantes” [traducción propia] (Koenig-Lewis y Bischoff 2005: 4).

Mantobani sostiene que en las ciudades balnearias la preocupación por el bienestar de la población estacional, junto con el acondicionamiento de espacios que portan y sostienen esos bienestares,

[...] es lo que ha originado el dualismo [...] que se manifiesta en la existencia simultánea de dos estructuras espaciales contiguas y contrastadas: ‘la ciudad turística’ o ‘ciudad efímera’ y la ‘ciudad permanente’ o ‘la ciudad cotidiana’” (Mantobani 2000: 98).

Esta dualidad impacta directamente en el mercado inmobiliario, es decir, en la organización de la oferta y la demanda de viviendas permanentes y transitorias. Como me dijo un gestor inmobiliario de Villa Gesell:

El tema de la vivienda acá hay que estudiarlo con mucha profundidad. El mercado se comporta tratando de satisfacer a un tercero en una relación que debería ser de a dos. Ese tercero es el veraneante, que viene, pero no viene, que viene e impone, que viene y demanda (79 años).

Durante el siglo xx, la iniciativa tanto privada como pública intervinieron de forma activa sobre los paisajes costeros configurando el perfil del balneario ante la sociedad argentina: “La oferta de alojamientos, la naturaleza y estética de las construcciones, la edificación turística y la estructura ocupacional de las viviendas estuvieron condicionadas por la demanda de los veraneantes” (Pegoraro 2019: 79). A mediados del siglo xx, se lograron consolidar las bases materiales y simbólicas que hicieron posible

[...] el desenvolvimiento de una lógica a perdurar: la compra/venta/alquiler/remates de lotes y subdivisión de propiedades en pos de un mercado inmobiliario dinámico con piedra angular en la demanda turística (Pegoraro 2019: 79).

El lugar geográfico privilegiado sobre el mar y su cercanía con la Ciudad de Buenos Aires fueron instaurando “un mercado urbano inclinado, histórica y preferentemente, al ocio”, que habría logrado supeditar al “submercado de viviendas permanentes”, colocando, también, bajo su lógica “a la industria de la construcción local” (Pegoraro 2019: 74).

En esta trama conflictiva, distintos actores se disputan la legítima posesión del territorio balneario: residentes, turistas, agentes inmobiliarios, desarrolladores e inversores. A su vez, en ella entran en tensión no sólo el derecho a la ciudad y a la vivienda, sino también el derecho a la belleza. En efecto, merecer la ciudad implica lograr el acceso a una vivienda digna, pero también al disfrute de aquellos recursos paisajísticos, morfológicos y naturales (Noel 2020). Teniendo en cuenta estas características, el mercado inmobiliario, atravesado por la estacionalidad, se convierte en un *locus* privilegiado para abordar las diferencias entre los modos de habitar de los turistas y los



residentes, así como las relaciones de desigualdad que allí se extienden.

En estos escenarios, el mercado laboral es otro de los dispositivos moldeados por la alternancia estacional. Las ciencias sociales brindan algunas claves interpretativas para comprender cómo se comportan, en general, las prácticas laborales ante tales movimientos temporales. Algunos de los temas más convocantes de esta relación conceptual y empírica son la transitoriedad de los trabajos, las formas de inserción laboral, los modos de contratación, la intensidad durante las temporadas de alza, las tasas de desempleo en las temporadas bajas, los desplazamientos geográficos, las relaciones entre trabajadores y empleadores cuando el trabajo es temporario. Tasso y Zurita, al investigar el fenómeno de los trabajadores estacionales y migrantes que siguen las temporadas de cosechas, señalan que esta actividad es profundamente inestable: “los ciclos de empleo-desempleo se suceden, así como los patrones y contratos” (2013: 46).

En los balnearios, el turista debe ser transportado, alojado y asistido. También necesita de una provisión de actividades ociosas durante su estadía. Esto postula a la actividad económica del turismo como una gran generadora de empleo, atrayendo, incluso, mano de obra migrante. Como plantea Santana (1997), la naturaleza estacional del turismo es una “fuerza desorganizadora” que crea fluctuaciones en el empleo y exacerba las tensiones entre los grupos anfitrión-anfitrión, anfitrión-huésped. En destinos de sol y plaza, esta “fuerza” se incrementa porque la demanda se concentra únicamente en verano y, como me dijeron los locales, “cae, se reduce a la mitad o directamente se vuelve completamente nula” en el resto del año.

Quienes viven en estos destinos turísticos “padecen” la estacionalidad de la oferta de empleo en el propio territorio, pero también “compiten” con quienes migran hacia estos lugares buscando insertarse laboralmente. Además, llevan adelante jornadas distintas a las tradicionales: por lo general, no admiten descanso y se extienden durante más de ocho horas diarias (Garazi 2020).

Estos aportes conceptuales me permitieron entender que, en estas ciudades turísticas, el fenómeno de la estacionalidad genera inestabilidad e incertidumbre entre los habitantes. En los próximos apartados, entonces, busco reponer etnográficamente el contenido de este argumento a partir de los modos de vivir oscilantes que tienen los geselinos.

### **Un mercado que obliga a “agarrar lo que hay”**

El problema generado por la actividad estacional suele expresarse en dos dimensiones: la primera se vincula a los gastos involucrados en el mantenimiento de los equipamientos e infraestructura que, durante el invierno, sufren una drástica reducción en el ritmo e intensidad de su demanda; la segunda, a las variaciones de producción y beneficio para el sector empresario (Mantero, Bertoni, Benseny y Barbini 1997). Ahora bien, existe una tercera dimensión de mayor impacto: las condiciones sociales generadas por las variaciones de empleo y de salario en los trabajadores.

Dadas estas circunstancias, estos destinos vienen implementando desde la década del ochenta distintas formas de desestacionalización (de Abrantes 2024). Como me comentó el intendente de Villa Gesell, “ya no alcanza con lo que se gana en la temporada para subsistir todo el año”.

Las temporadas turísticas fueron cambiando tremendamente. Vos imaginate, en el año 76 mis padres compraron un edificio de 10 departamentos y venían inquilinos de temporada completa, las familias se quedaban enero, febrero y parte de marzo. Nosotros tenemos que adaptarnos a los nuevos veraneantes, que vienen una semana y se van, y también tenemos que generar opciones durante el invierno. (Intendente, 55 años)

La Encuesta de Ocupación Hotelera del INDEC (2020), que releva datos mensuales en 47 localidades de siete regiones turísticas del país<sup>7</sup>, ofrece un seguimiento de algunas actividades que pueden iluminar estos dichos. En la Provincia de Buenos Aires, la encuesta releva tres destinos costeros –Mar del Plata, Pinamar y Villa Gesell– y dos destinos diversos –Bahía Blanca y Tandil–. Los datos muestran que Villa Gesell se desempeña como el segundo destino con mayor cantidad de plazas en hoteles de distinta categoría. Más aún, este relevamiento evidencia que la oferta hotelera en Villa Gesell se ha reducido ya sea por el cierre de establecimientos o la disminución de plazas. Asimismo, la demanda ha tenido diversos picos altos y bajos en función de los cambios producidos en la economía y la estadía ha tendido a disminuir año tras año. En este sentido, para la temporada 2019/2020<sup>8</sup> había alcanzado un promedio de 5,8 días mensuales.

Entre las políticas turísticas locales, los geselinos vienen desarrollando, hace varios años, una serie de fiestas durante lo que ellos reconocen la “temporada baja”. “Apostamos mucho a las fiestas locales que fueron creciendo año tras año” (Intendente, 55 años). La idea detrás de estas fiestas es utilizar la infraestructura disponible (hoteles, restaurantes, comercios) y activar el mercado laboral más allá del verano. En el 2014 –según me contó el intendente–, comenzaron a organizar este calendario extendido en el que diversas festividades locales, provinciales y nacionales asumieron un rol central. Más aún, al interpelar a los sectores trabajadores locales encontré que la estacionalidad y los problemas anudados a ella, en rigor, difícilmente puedan ser resueltos con la intensificación de aquello que los sumerge en una lógica inestable, precarizada y desigual. En apariencia, romper con la estacionalidad desarmaría la polaridad entre invierno y verano, esa temporalidad marcada por cambios bruscos, y ofrecería a los residentes diversos mecanismos para seguir “subsistiendo”. Sin embargo, el problema parece estar constituido de otras aristas que deben ser incorporadas para comprender el fenómeno. El testimonio de un joven de 29 años nacido en Villa Gesell presenta algunas claves interesantes:

Acá no podés tener estabilidad al menos que trabajes en un órgano gubernamental o en las dos o tres cooperativas que tenemos: la telefónica, la de luz o el canal [de noticias]. En Gesell no hay laburo y la gente se va quedando porque piensa que con la temporada alcanza. Y en el invierno [...] te morís de hambre. [Están] los que la “levantan en pala” [hacen mucho dinero] en temporada –los propietarios, comerciantes, los hoteleros–, pero la masa de gente, los laburantes, la van estirando. Laburamos como negros

---

<sup>7</sup> Buenos Aires, CABA, Córdoba, Cuyo, Litoral, Norte y Patagonia.

<sup>8</sup> Utilizo los datos del 2020 porque las temporadas turísticas posteriores se vieron afectadas por la excepcionalidad de la pandemia del Covid-19.

durante tres meses y después la nada misma. ¿Esto se resuelve con más de lo mismo?, ¿la salida es el turismo? Yo creo que no, el problema es más profundo. No podemos salir de este circuito. (Joven geselino, 29 años)

¿Qué ocurre en el verano? ¿Cómo se levanta ese mercado laboral que promete salvarlos? Y, fundamentalmente, ¿qué pasa cuando ese verano se acaba? El mercado laboral de Villa Gesell se compone de múltiples piezas y está atravesado por diversos procesos de desigualdad. En primer lugar, es importante detallar que la Población Económicamente Activa (PEA), cuáles son sus similitudes con otras zonas geográficas del país y cuáles son sus particularidades. Según los datos brindados por el municipio, el porcentaje de PEA de la ciudad es similar al registrado en la Provincia de Buenos Aires: el 40 % de los geselinos tienen 14 años o más y se encuentran ocupados o buscando trabajo. Sin embargo, un dato desentona con la tendencia provincial: del total de los ocupados de Villa Gesell, cerca del 60 % trabaja en el sector terciario, en su amplia mayoría brindando servicios turísticos, cuando el estimado para la provincia ronda el 45 %. Éste es, justamente, el sector que se deprime fuera de temporada, es decir, más de nueve meses al año.

Una gran cantidad de comercios, restaurantes, bares y balnearios, que emplean a una masa considerable de geselinos durante el verano, cierran sus puertas o reducen drásticamente su personal para el resto del año. Otros servicios –como es de esperar– son exclusivamente estivales (alquiler de sombrillas y carpas, venta de productos playeros, escuelas de surf, etc.) y no pueden persistir cuando las temperaturas descienden. Basta recorrer Villa Gesell en algunos de los meses de la “temporada baja” para verificar el masivo cierre de locales y comercios, así como la escasa cantidad de personas que habitan un espacio público que supo recibir el bullicio y la masividad turística.

Por su parte –siguiendo la tendencia provincial–, más del 50 % de la población geselina desarrolla tareas laborales en el sector informal. Es decir, son trabajadores subocupados, precarizados y con escasas o nulas garantías sociales. Las características del mercado turístico estacional, con sus contracciones y expansiones, habilita –según los testimonios– a que estas condiciones informales existan y se perpetúen:

En verano hay mucho trabajo, es cierto, pero las condiciones son muy malas. La mayoría de los trabajos son en negro. Tenés que trabajar doce horas por día, de lunes a lunes; son tres meses así. Y agarrás ese tipo de trabajo porque venís de un invierno duro, entonces, tenés que agarrar lo que hay. (Kiosquera, 39 años)

Las primeras temporadas pensaba que ganaba un montón de plata. Trabajaba dos, tres o cuatro meses sin parar y cuando el verano terminaba me encontraba con que había hecho unos buenos mangos [buen dinero]. Después me fui dando cuenta de que es como una ilusión, porque acá desde marzo se hace difícil encontrar una changa y lo que juntaste en el verano no te alcanza. (Ferretero, 45 años)

Es bastante inhumano lo que hacemos en el verano. Yo empecé a laburar a los 16 años, cuidaba un estacionamiento a la noche. Trabajé ahí varias temporadas. Cuando sos pibe y vivís con tus viejos [padres], esa plata te viene bien. Trabajás doce, quince horas por día y te da el cuerpo para eso. Pero cuando tenés 30 años y tenés que armar tu vida y las opciones siguen

siendo esas, la cosa se complica. (Trabajador de un comercio, 40 años)  
El tema laboral acá es muy jodido [difícil]. Yo tengo laburo todas las temporadas en el mismo lugar, desde hace diez años: soy mesera en un balneario. Me pagan relativamente bien, pero termino la temporada y tengo que hacer rendir esa plata todo el año. Mi marido, por suerte, tiene un empleo estable. [...] Es difícil acá conseguir algo de eso. Nos acostumbramos desde chicos a que la cosa funciona así, esas son las condiciones. (Mesera en el bar de un balneario, 48 años)

Los fragmentos de entrevistas evidencian que la depresión del mercado laboral durante nueve o diez meses al año impulsa a que ciertos sectores tengan que “agarrar lo que hay” o acomodarse a las “opciones” existentes. El invierno, que siempre llega, interviene en las decisiones laborales de los geselinos, quienes, ante el temor de no poder superarlo, se ajustan a un mercado irregular. La incertidumbre encuentra sus ecos en procesos de flexibilización y precarización laboral, que asumen con cierta resignación. Así lo estableció una entrevistada cuando sentenció “esas son las condiciones”, como si existieran escasos canales para reclamar o exigir el cumplimiento de derechos laborales. Los testimonios también muestran que las jornadas superan ampliamente las ocho horas diarias y las 48 semanales estipuladas por ley: “doce, quince horas por día”, “de lunes a lunes”, “lo único que hacemos es trabajar sin parar”. La enorme cantidad de horas concentradas en pocos días se vincula con los modos en que los geselinos conciben la remuneración por su trabajo y las estrategias económicas que desarrollan para subsistir. Como indican, durante los tres meses de verano se proponen “juntarla”, y para eso deben trabajar a un ritmo frenético. Insisten, de todos modos, que lo que logran acumular los sumerge en una suerte de “ilusión”, de trampa, ya que –como he explicitado en más de una ocasión– rara vez logran completar el ciclo anual.

La inflación de la economía argentina y el establecimiento de “precios estacionales” también impactan en las remuneraciones. Como me explicaron los habitantes de esta ciudad, cada verano emergen los mismos interrogantes. Así me lo comentó el presidente de la Unión de Comercio e Industria de Villa Gesell (UCI): “La incertidumbre sobre cuán buena será la temporada presiona para que los precios suban. En septiembre ya estamos discutiendo eso: si aumentamos mucho, los turistas capaz que no pueden acceder; si no aumentamos lo suficiente, nos come [nos gana] la inflación” (Presidente de la UCI, 52 años).

Por un lado, la inflación dificulta los cálculos de los trabajadores para conseguir el dinero suficiente para todo el año:

No somos un banco que administra sus activos y maneja la inflación. Este país, bueno, ya sabés, es una lotería. Los precios van subiendo y lo que juntaste en enero va a valer mucho menos en agosto” (mesera en el bar de un balneario, 48 años).

Por otro lado, la estacionalidad genera sobrepuestos que pueden llegar a impactar en el afluente de turistas y también intervienen en la vida cotidiana de los geselinos que, si bien participan de circuitos paralelos, muchas veces ven cómo se incrementan precios de productos y servicios esenciales. El transporte es uno de ellos y, por este motivo, en la ciudad se han registrado una gran cantidad de movilizaciones con el objetivo

de solicitar una tarifa diferenciada para residentes. En diciembre del 2019 lograron acceder a ese beneficio, luego de varios intentos, pujas y conflictos entre el municipio, la empresa de transporte local y los residentes.

Por último, los testimonios hacen referencia a la edad en la que los geselinos ingresan a este mercado. La flexibilización de leyes laborales encuentra en Villa Gesell a una gran cantidad de jóvenes de entre 16 y 18 años dispuestos a realizar trabajos por una remuneración menor: “nos acostumbramos desde chicos”, “yo arranqué con 16 años”. Sobre esta problemática también me habló la directora de la Oficina de Empleo local: “Acá tratamos de que los jóvenes tengan alternativas. Estamos trabajando en eso, en capacitarlos y en hacer convenios con algunas fábricas e industrias. Es importante para ellos porque, si no, terminan todos haciendo laburos muy mal pagos durante el verano” (historiadora, 40 años).

Además de las entrevistas que realicé entre los geselinos de diversas edades y sectores, durante mi trabajo de campo desplegué observaciones en algunos de los nodos más álgidos de la temporada turística. Más allá de las particularidades de cada rubro<sup>9</sup>, pude identificar un conjunto de lineamientos generales que dan cuenta de las dinámicas laborales de la comunidad y que se solapan con algunas de las representaciones de los sectores trabajadores locales.

El primer elemento para señalar es la cantidad de trabajadores que alberga cada uno de estos espacios: todos parecen contar con más empleados que aquellos necesarios –en principio– para atender los comercios. Sin embargo, encontré que la gran cantidad de trabajadores se veía, en muchos casos, desbordada por la constante demanda turística. Ante esto, el intendente me comentó:

Esta ciudad recibe cerca de 400 mil turistas mensuales y somos 40 mil habitantes. Es un impacto ese número. Es difícil gestionar esa diferencia. Tenemos que pensar en que las cloacas, la electricidad, Internet, el tráfico, no sé, la vida –diría– pueda aguantar a esa masa de gente que circula por nuestras calles y vive en nuestra ciudad durante el verano. Con los comercios pasa eso: están siempre saturados de gente y los trabajadores están a “cuatro manos” [sobrepasados]. (Intendente, 55 años)

Los ritmos laborales de los locales, además, colisionan con la temporalidad del turista en la playa, que, como escribió el antropólogo Augé (2008), se levanta en una suerte de inacción, contemplación y descanso que aletarga el tiempo: “Es una tensión, pero nos acostumbramos a esto. Ya sabemos que después del invierno la vida en verano es así. Nosotros trabajamos a morir [sin parar] y ellos están de vacaciones. Nosotros estamos cansados y ellos vienen a descansar” (mesera en el bar de un balneario, 48 años).

El segundo elemento es la cantidad de horas que permanecen en sus puestos laborales. Aquello que me decían los geselinos efectivamente ocurría: luego de observar los comercios y establecimientos en distintos horarios, pude detectar que seguían allí los mismos trabajadores en jornadas que superaban ampliamente las ocho horas diarias.

---

<sup>9</sup> Observé las dinámicas de un bar ubicado sobre la avenida principal, tres comercios situados sobre la misma calle (uno de venta de trajes de baño, una pizzería y un kiosco), un balneario que cuenta con diversas instalaciones para los turistas (bar, puesto en la playa, alquiler de carpas) y tres hoteles de distinta envergadura.



Una vez aquí, resulta oportuno incorporar otra dimensión: en Villa Gesell la intensidad del trabajo está organizada a partir de las variaciones que imprime el horario del día y el clima. Estas variaciones impactan en dos sectores: el centro comercial que se asienta sobre la Avenida 3 (ver figura I) y los dispositivos también comerciales que se despliegan en la playa (alquiler de sombrillas y carpas; puestos playeros; venta de bebidas, alimentos, indumentaria, artesanías y *bijouterie*; actividades para niños, jóvenes y adultos; campeonatos de todo tipo; y clases de gimnasia o deportes acuáticos).



Figura I. Mapa de Villa Gesell y sus calles principales

Fuente: elaboración propia en base a las imágenes de Google Earth

Durante el día –entre las 09 y las 19 horas– los balnearios admiten la mayor demanda turística: “la playa durante el día es un *shopping*. Acá se mueve el verdadero comercio de Gesell. La plata se hace acá” (trabajador del comercio, 34 años). Pero cuando el sol va cayendo, la playa comienza a vaciarse y la actividad comercial cambia de locación. La Avenida 3 –con sus restaurantes, bares, comercios, ferias, espectáculos callejeros– se enciende y se convierte en el principal atractivo para los turistas. Si el clima “acompaña” –como dicen los locales–, la demanda suele esquematizarse de este modo: día y noche. Pero cuando no hay sol –elemento clave de las actividades playeras–, la dinámica cambia: “Si llueve o está nublado, venimos desde temprano al centro porque hay mucha oferta” (turista, 66 años). En definitiva, los tiempos estacionales no son los únicos que intervienen en este mercado laboral complejo, marcado por la flexibilización y la precariedad. La temporalidad del día y del clima configuran una puja entre diversos sectores trabajadores: los de la noche y los del día, los de la playa y los de la avenida. También existe un porcentaje pequeño de trabajadores que logra acceder a empleos estables y formales durante todo el año. Sin embargo, el empleo registrado no siempre responde a los requerimientos formales. El Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires realiza habitualmente operativos en un conjunto de ciudades emblemáticas de la Costa Atlántica, incluyendo Villa Gesell. Se trata de una serie de controles para que los trabajadores estén “correctamente registrados y los empleadores garanticen

las condiciones de seguridad e higiene laboral”. Estos operativos suelen mostrar que algunas empresas registran trabajadores como si cumplieran una jornada reducida cuando en realidad desarrollan tareas a tiempo completo. A su vez, exponen que no se cumplen con los requisitos exigidos por ley vinculados a la seguridad. Esto refleja, de alguna manera, lo que me indicó una entrevistada: “durante el verano, acá pasa cualquier cosa. La gente necesita trabajo y, si bien estamos controlando todo el tiempo que se garanticen los derechos de los trabajadores, es difícil. Hay mucha demanda y los empleadores se aprovechan de esa situación” (historiadora, 40 años).

Los testimonios de los trabajadores “con puestos estables y en blanco” remiten a una serie de problemáticas: “Acá los salarios son muy bajos, por eso estamos peleando por los aumentos para municipales” (empleado municipal, 50 años); “Sí, tenés trabajo todo el año y eso está bueno, pero igual es complicado acá. A veces tenés el salario mitad en negro mitad en blanco” (trabajadora de comercio, 40 años); “Aumentó mucho el desempleo en el último tiempo. Empresas que cerraron, despidos, no sé, está complicado tener trabajo acá. Antes era muy distinto” (mesero, 29 años). “El desempleo, los salarios bajos, la plata en negro, el invierno que te pisa los talones, todo eso, presiona” (trabajadora de comercio, 51 años).

Los testimonios y las observaciones puntualizan en la necesidad de romper la estacionalidad y crear puestos laborales que puedan generar recursos más allá de los tres meses “gloriosos” del verano. También hablan de la presión que genera la temporada turística y en cómo es capaz de expandir “malas condiciones laborales” más allá del verano. Sin embargo, pese a saberlo y manifestarlo en representaciones concretas, los trabajadores parecen estar “hechizados”, “atrapados”. Saben que con la temporada “no alcanza”, pero cada verano la esperanza se renueva. Este modelo económico –que se resiste a cambiar– determina una renta compleja para los sectores establecidos de la ciudad (balnearios, hoteles, comercios), y sobre todo configura un mercado plagado de incertidumbres para los trabajadores que, como me indicaron los habitantes, son impulsados a “agarrar lo que hay”, “ajustarse a las condiciones” y, fundamentalmente, “no exigir mucho”.

### **Un mercado que “empuja hacia atrás”**

Además de sumergirlos en un ritmo laboral frenético y precarizado, el turismo de sol y playa impone restricciones para ciertos habitantes en el acceso a la ciudad. Como sostuvo un geselino, “no es lo mismo vivir en Villa Gesell que vivir en la playa: no todos vivimos en la playa, o sí, pero vivimos re lejos. En verano, además, esa playa es de los turistas” (joven geselino, 22 años). Este testimonio pone de relieve un hecho fundamental: para muchos habitantes la playa aparece como negada, al menos esa playa disfrutable en verano.

La mayoría de los turistas que eligen Villa Gesell buscan el disfrute de ese entorno natural forjado al calor de la playa, el mar, el bosque y, como ya se dijo, el clima que provee el verano: “Vengo acá desde hace años y espero poder estar todo el tiempo que pueda en la playa. Vengo a la mañana temprano, me traigo el mate y me encanta estar varias horas acá”, me indicó una turista asidua. Agregó, además, que trata “de estar lo más cerca posible de la playa, por eso en noviembre ya me pongo en contacto con la inmobiliaria y trato de alquilar por esta zona, porque no te vas a ir al fondo, a cien kilómetros de la playa” (65 años).

Dado que la comunidad geselina busca satisfacer las necesidades del veraneante mercantilizando sus recursos paisajísticos (Hernández 2019), el mercado inmobiliario se organiza con el objetivo de responder, ante todo, a esa demanda que prefiere asentarse en la zona “más bella” de la ciudad y con acceso al disfrute de las cualidades naturales. Así, los agentes inmobiliarios comercializan y especulan sobre el valor de las propiedades en función de un cúmulo de deseos turísticos: la cercanía a la costa y al bosque, la capacidad de asentarse en las zonas medanosas con calles de arena y formas zigzagueantes, en edificios con vistas al océano o en los chalets con techos a dos aguas en terrenos espaciosos y con parques.

Un agente inmobiliario me explicó que en los orígenes de la ciudad los turistas preferían comprar antes que alquilar: “En esa época se construía mucho y se alquilaba menos: muchos porteños querían hacerse la casita en la costa”. Esta relación, sin embargo, fue mutando o, en palabras de mi entrevistado, cambiando según “las condiciones económicas de los argentinos y las crisis”. Actualmente, para las inmobiliarias la venta de segundas residencias parece no representar “un negocio”: “En verano con los alquileres nos mantenemos. Nosotros no tenemos otra cosa que el turismo y hay que cuidar eso. Hay que mirar al turista porque de ellos vivimos”. Menos atractivo aún resulta la comercialización –venta y alquiler– de viviendas permanentes: “eso se mueve muy poco. Es un lío y la verdad es que hay poco mercado porque no pueden lo que los propietarios piden” (74 años).

Otro agente del rubro me dijo: “el propietario quiere sacar la mayor cantidad de plata posible y te exige a vos que pidas tanto, pero las propiedades no siempre están en buenas condiciones, ni hacen las inversiones que se necesitan”. El “verdadero cliente”, desde sus perspectivas, no es el propietario ni el geselino, es el turista que “paga las estadias”. Este agente puntualizó, además, que “la mayoría de los dueños son de Buenos Aires. Algunos compraron como inversión, para hacer negocio, otros compraron para vacacionar, pero la dejan libre para alquiler dos meses. El tema del alquiler deja mucha renta y por eso todos alquilan en verano”. Estas propiedades son, además, viviendas estacionales que no están preparadas para el invierno: “No se pueden alquilar en el año [...] En invierno no viene nadie porque el clima es muy frío. Viene algún propietario o amigo de propietario, pero no vienen turistas. Si alguien pregunta, tampoco tenemos muchas opciones” (38 años).

Estos testimonios adquieren más sentido cuando se los leen a la luz de las tendencias del último Censo nacional (INDEC 2022b). En Villa Gesell la cifra de viviendas y de habitantes es prácticamente equivalente: existen 31.057 viviendas particulares y 243 colectivas para 38.614 residentes, pero en lo cierto las viviendas que efectivamente se habitan durante todo el año son sólo 10.000. Estos números indican que más de 20.000 propiedades permanecen vacías durante el año, a la espera de que los turistas regresen.

A su vez, los saldos intercensales revelan que durante las últimas décadas la población geselina ha crecido a ritmo constante, pero la cantidad de viviendas ha logrado superar ese aumento. Esto es así porque la oferta de vivienda no responde directamente a la demanda residente. Mientras que las propiedades se multiplican, Villa Gesell presenta grandes problemas en el acceso a la vivienda. En esta dirección, el Censo expone que más del 50 % de los hogares no son propietarios de su vivienda, y de ese total cerca del 30 % se constituye por ocupantes en relación de dependencia, cesión, préstamo o intrusión.



Estas condiciones configuran una morfología urbana escindida. Por un lado, hay una zona con calles serpenteantes de arena que siguen la fisionomía de los médanos, casas emplazadas sobre el territorio con una generosa distancia entre ellas, escasa concentración poblacional y un gran porcentaje de viviendas desocupadas durante la mayor parte del año. Allí se encuentran las segundas residencias y aquellas propiedades que alquilan los turistas en temporada. Aquí también habitan algunos propietarios locales, los dueños de los dispositivos recreativos de la ciudad y los grandes comerciantes. Por otro lado, existe una zona con mayor densidad poblacional y una demanda habitacional evidente, que se traduce en situaciones de hacinamiento y formas de asentamiento precarias e inestables. Esta última zona –invisibilizada por la postal turística– se encuentra organizada sobre un trazado en cuadrícula, presenta grandes dificultades en el acceso a los servicios básicos (trazado de calles, tendido eléctrico, recolección de residuos, cloacas, etc.) y una notoria ausencia del Estado (de Abrantes 2018 y 2021; Noel 2020; Benseny 2011).

Para atrás estamos todos apiñados en casas que no son las mejores, las mejores casas están adelante y ahí no vive nadie. Te da una impotencia, no sé si pasa en otros lugares del país, pero te da una bronca ver la disponibilidad que hay adelante y atrás nos estamos matando por conseguir un buen alquiler o algo digno donde vivir. (Joven geselino, 29 años)

Desde otro ángulo, un veraneante asiduo, que posee aquí una segunda residencia, me comentó lo siguiente: “Yo entiendo que es una situación complicada, pero yo no tengo la culpa, esta casa la compraron mis padres y es nuestra. Venimos acá hace más de 30 años. Cada año es el mismo miedo: que entren y roben todo” (64 años). Asimismo, otra turista que alquila “hace años en Gesell” me dijo: “Y bueno, yo pago el alquiler, me piden fortunas y lo pago. Quiero estar en un lugar lindo y tranquilo. Disfrutar de mi merecido descanso. Trabajo mucho todo el año. Lamento que ellos no puedan disfrutar, pero éste también es mi derecho” (46 años).

Villa Gesell se presenta, desde la perspectiva de los actores, residentes y turistas, como una ciudad fracturada y surcada por un límite material y simbólico que se reconoce en la extensión del Boulevard Silvio Gesell (ver figura I). Según los testimonios, entre la playa y dicho boulevard se organiza una ciudad turística y transitoria, diseñada para el disfrute del veraneante. Más allá de la frontera, emerge una ciudad degradada, olvidada e invisibilizada, donde habita la fuerza de trabajo local y donde los turistas rara vez llegan: “Nunca fui pasando el boulevard, no conozco, esa zona no es Villa Gesell [se ríe]” (turista, 60 años). Algunos geselinos refieren a esta última ciudad como la “verdadera Gesell”, mientras que otros prefieren omitir todas las referencias: “De este lado estamos nosotros, los laburantes, ellos ni saben cómo se vive acá” (joven geselino, 29 años). Esta zona, en última instancia, tiene que quedar oculta porque podría hacer tambalear la imagen del balneario: “tenemos que cuidar la vidriera, ¿no? Que todo se vea lindo para que el turista quiera volver” (comerciante, 72 años).

La división entre “la ciudad de los turistas” y la “verdadera Gesell” es causa de un proceso de segregación socio-espacial histórico que fue configurando la preponderancia de un centro y la constitución de una periferia –en una ciudad que parecía crecer de manera lineal– y, con ello, una distribución desigual en el acceso a bienes y servicios urbanos. Como es de esperar, las políticas públicas, las intervenciones para embellecer

el espacio, las gestiones del cuidado y las mejoras de infraestructura se aplican sobre el sector que necesita ser comercializado todos los veranos:

El corredor turístico está muy urbanizado y hay más servicios públicos. Esto no debería ser así: una persona en verano –el que viene a calentar una salchicha– tiene gas natural, mucha más potencia de luz, accesibilidad a los centros educativos, mientras que la gente que vive todo el año, donde está la mayor densidad demográfica, no tiene nada. Esa gente, por ejemplo, tuvo que luchar para tener una escuela. Ahí están los chicos, no en la ciudad turística. De este lado está lleno de casas vacías durante todo el año, pero con todos los servicios. Donde más urbanizado está es donde menos vive la gente. (Historiadora, 40 años)

El turismo, como me dijo un geselino, los “empuja hacia atrás”. El fragmento de territorio costero y boscoso es habitado por los sectores locales propietarios y establecidos, y también es ofrecido, por el mercado inmobiliario, a los turistas. Los terrenos que se extiendan más allá de boulevard, carentes de interés turístico por su lejanía del mar y por la falta de infraestructura, es el sector habitado por “la materia viva”: los trabajadores (Noel y de Abrantes 2014; de Abrantes 2018; Noel 2020). La ciudad postergada, que en la actualidad condensa más del 60 % de la población permanente<sup>10</sup>, está constituida, como me explicó la directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional, por barrios de clase media y populares, pero también por asentamientos.

Los asentamientos informales aparecen en los años noventa con la crisis de Villa Gesell como destino turístico nacional, en particular, y la crisis económica del país, en general, y nunca pararon de crecer” (36 años).

Una sucesión de movimientos migratorios atraídos por la oferta de trabajo estacional, junto a la imposibilidad de acceder a una vivienda, profundizó la emergencia de estos asentamientos, que no han sido integrados a la trama urbana y que, además, son desconocidos y rechazados por gran parte de la sociedad local. En términos generales –y según los funcionarios a los que entrevisté– se trata de viviendas informales, “algo amontonadas”, autoconstruidas con elementos relativamente precarios (madera, chapa, etc.), con ausencia de servicios urbanos básicos (agua, electricidad, trazado de calles, limpieza y alumbrado público), emplazadas sin ningún tipo de “criterio urbano” y construidas sobre tierras ocupadas mediante diversos procesos de toma.

Por su parte, en esta ciudad existe sólo un pequeño porcentaje de parcelas fiscales sobre las cuales el Estado podría intervenir para generar políticas de vivienda inclusivas. “Uno de los problemas que tiene el Estado municipal es que todas las tierras tienen propietarios, entonces no se puede hacer mucho. La mayoría de los terrenos pertenecen a los familiares de Carlos Gesell. El Estado local está como atado de pies y manos” (comerciante, 72 años). Como señaló un abogado geselino, la mayor cantidad de los terrenos disponibles pertenece a los descendientes del fundador de la ciudad y a las familias más emblemáticas que suelen comercializar la tierra en busca de la

---

<sup>10</sup> Según el Censo de 1980, esta zona de la ciudad concentraba el 28 % de la población estable. Diez años más tarde aglutinó al 39 % de los habitantes (Tauber, 1998) y en la actualidad concentra más del 60 % de la población geselina (INDEC 2022b).



renta turística. Es decir, se encuentran en “manos del privado que no quiere vender a cualquier precio, que está ahí especulando con el valor del suelo” (38 años).

A estas dificultades se le suma una problemática específica que suelen compartir muchas ciudades turísticas: un mercado de alquileres complejo y excluyente. En Villa Gesell, no sólo existe escasez de suelos y viviendas dispuestos a precios accesibles para que los sectores populares y medios puedan adquirirlos, sino que también los alquileres se ven atravesados por la especulación que impulsa el turismo estival (de Abrantes 2021). Nuevamente la directora de Estrategia Habitacional me introdujo en lo que denomina una “problemática estructural de las ciudades turísticas”:

Un terreno hoy en Villa Gesell sale, el más barato, 20.000 dólares. Y un trabajador tiene un sueldo promedio de 6.000 pesos. Por otro lado, un alquiler en Villa Gesell sale, en promedio, de 3.000 a 3.500 pesos por mes. Acá se especula mucho con la temporada, entonces o te alquilan a 2.500 hasta noviembre y después te tenés que ir, o te alquilan a 2.500 hasta noviembre y 4.500 en enero y febrero. Si no, te alquilan todo el año a 3.500. Todos ven cómo le pueden sacar más plata a la propiedad. Entonces se hace muy difícil. Esta lógica de la especulación y la falta de acceso a una vivienda digna contribuyó mucho a la explosión de los barrios informales y la toma de terrenos en diversos lugares de la ciudad. Acá también tenemos, por ejemplo, edificios tomados. Que pase esto en una ciudad de 40.000 habitantes es una locura. (Directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional, 36 años)<sup>11</sup>

Como me comentó un agente inmobiliario, “el mercado mira al turismo y desde ahí se mueve. Toda esta parte, de la costa hacia al boulevard está reservada a la mirada del turista” (38 años). Bajo este contexto, los alquileres no son una alternativa accesible para la población local. Así lo explican quienes se ven obligados a buscar una vivienda en este mercado: “encontrar una casa para alquilar acá en Gesell es muy difícil. Si no tenés contactos, fuiste”, “terminé alquilando allá atrás porque acá es todo para el turismo”, “es muy difícil encontrar. Las inmobiliarias ni siquiera publican casas o departamentos para el alquiler permanente”. Esto es así porque los propietarios prefieren alquilar en verano y afrontar los gastos de mantener sus viviendas vacías durante el invierno, ya que la renta extraordinaria de la temporada les permite sostener el circuito. “Y prefiero venir yo o alquilarla en verano. Saco más plata así”, “me conviene siempre alquilarla al turista porque deja más plata”, “yo entiendo que faltan viviendas, pero lo que hago está dentro de la ley: alquilo por el mejor precio”.

A la escasez se le suman, como me indicó un geselino, las condiciones “ridículas” que imponen quienes regulan el mercado: “si vivís acá tenés que acomodarte a la lógica de mudarte dos veces por año porque en temporada alta el propietario te saca la casa”, “si tenés chicos y mascotas es más difícil porque el mercado es muy reducido y entonces elige a quién”, “acá te alquilan si podés demostrar que tenés trabajo todo el año [...] es ridículo porque el 80 % de la población vive de la temporada”, “tenés que pagar por adelantado todo el año, es la única forma”, “como el turista paga en dólares, te piden

---

<sup>11</sup> Cabe destacar que los valores expuestos en este fragmento de entrevista corresponden al 2016. En ese entonces, 1 dólar equivalía, aproximadamente, a 14 pesos argentinos.

dólares para alquilar todo el año”.

Siguiendo los argumentos nativos, el mercado turístico estacional impulsa el alza del valor de la tierra, de los inmuebles y también de los alquileres, limitando el ejercicio del derecho a la vivienda. Más aún, Jordi Borja (2014) establece que para conocer las desigualdades espaciales y los procesos de segregación hay que preguntarse si los sectores populares tienen derecho a la belleza, a la estética, a viviendas bien diseñadas, entornos agradables, a materiales nobles en los espacios públicos, a equipamientos que sean a la vez funcionales y elementos icónicos. En Villa Gesell los sectores trabajadores –aquella “materia viva” que sostiene el modelo de prestación de servicios– son empujados hacia atrás por las lógicas que imponen el mercado inmobiliario y la especulación. Es decir, ven limitado el acceso y el disfrute de los fragmentos “bellos” de la espacialidad que parecen valorizarse en un mercado estacional y reservarse para el uso exclusivo de los turistas que habitan temporalmente esta ciudad.

Son ellos los que disfrutan de este paraíso. Aprendimos, a la fuerza, a disfrutar la playa en el invierno. Cuando los turistas se van, y dejamos de trabajar a un ritmo frenético, nos reconciamos con la ciudad. Pero no es la misma ciudad a la que accedieron los turistas, es otra, es una ciudad que se cierra, que se enfría, que se achica. (Trabajadora de comercio, 40 años)

Además de la belleza, las intervenciones públicas urbanas suelen realizarse en ese fragmento de la ciudad que es habitado transitoriamente por turistas. Una de las funcionarias públicas me dijo:

Acá llega plata y se va para allá, se invierte allá. Las presiones de los sectores más poderosos, asociados al turismo, son muy fuertes. La plata se pone en las garitas de los colectivos, en la policía sobre la Avenida 3, la iluminación, la peatonal, los tractores para emparejar la arena... todos los recursos van para allá. Hay muchos sectores sin cloacas, sin luz, sin gas, sin servicios básicos. (Directora de Estrategia Habitacional y Desarrollo Poblacional, 36 años)

Lefebvre escribió, en uno de sus pasajes más famosos, que la ciudad es una obra ininterrumpida de los sujetos que la intervienen, la moldean y la construyen: “constructores, dirigentes políticos notables y grupos influyentes, habitantes que modifican el ‘hábitat’, que transforman sin cesar las funciones, estructuras y formas urbanas” (Lefebvre, 1969: 89). A este elenco de actores, en el caso de Villa Gesell habría que sumar al turista. Éste no sólo encuentra allí un espacio propicio para las actividades de ocio y recreación, sino que se convierte en agente activo del cambio material del espacio urbano y de las dinámicas del habitar. Aunque ocasional, el turista es usuario de la ciudad: habita, modifica, interviene sobre la forma y la expresión urbana y, fundamentalmente, tuerce el mercado inmobiliario en favor de su demanda.

### **Reflexiones finales**

Cada vez que los calendarios marcan los recesos escolares y laborales, las temperaturas se elevan y el verano se instala, Villa Gesell aparece como una de las primeras

opciones para los turistas argentinos. Durante este período, además, los medios de comunicación suelen reportar diariamente noticias de temporada: clima, seguridad, ofertas recreativas, precios, cantidad de plazas disponibles. Villa Gesell, junto con otras ciudades del litoral atlántico, se ubica en el centro de la escena mediática y también en el centro de los deseos de quienes salen de vacaciones. Sin embargo, los geselinos me advirtieron que, a pesar de “ponerse en la vidriera”, los argentinos conocen muy poco la verdadera ciudad y, menos aún, lo que ocurre con ese pasaje estacional de cierre y apertura de una temporada que se reedita cada año.

Villa Gesell vive de manera exclusiva de las ganancias que deja la actividad turística, una actividad que se activa fundamentalmente en verano y que sumerge a la comunidad local en ciclos de expansión y contracción económica, social y urbana. Ese turismo “los hace famosos”, pero, como indicaron ellos, también los encierra en una trampa: configura itinerarios de vida inestables anudados a los “volantazos” y transformaciones que se desatan con el cambio de estación.

Estas primeras advertencias fueron construyendo los bordes de las preguntas que este artículo busca responder: ¿Dónde se vive y cómo se trabaja en esta ciudad? ¿Cómo experimentan los locales la apertura y el cierre de las temporadas turísticas? ¿De qué modo impacta ese movimiento estacional en las trayectorias de vida de quienes trabajan para brindar servicios a los veraneantes? ¿El tipo de turismo que practican es sustentable? ¿Hay alternativas para este turismo?

Los interrogantes me llevaron a detectar que el mercado turístico estacional impacta, moldea, condiciona, transforma y encadena a otros dos mercados más: el de trabajo y el inmobiliario. En cuanto al primero de los mercados, el histórico modelo económico – atado a las variaciones estacionales– genera, ante todo, inestabilidad e incertidumbre. Las fluctuaciones entre la oferta laboral veraniega y el descenso estrepitoso del invierno conducen a los geselinos a acomodarse a una serie de patrones perjudiciales. Como bien sostienen, el temor a la imposibilidad de sobrellevar el invierno los incita a “agarrar lo que hay” y a adaptarse a las condiciones que imponen los empleadores. Esta situación facilita la flexibilización, la precariedad y la informalidad laboral, a la vez que habilita un ritmo de trabajo agobiante porque en el verano “hay que juntarla” a como dé lugar. Por su parte, al analizar el mercado inmobiliario, encontré que la valorización del territorio a partir de la demanda turística, la escasez de suelos dispuestos para la implementación de planes de viviendas y el establecimiento de precios estacionales para los alquileres motorizan profundos procesos de segregación socio-residencial. Mientras que el turismo suele asentarse en las zonas más valoradas y valorizadas de la ciudad, los locales tienden a ser empujados hacia atrás, en zonas menos urbanizadas, más densamente pobladas y con menor cantidad de viviendas disponibles. Esto es así porque el mercado inmobiliario –y los distintos actores locales y foráneos que intervienen en él– reserva para el turismo estacional aquellos fragmentos espaciales más bellos, con mayor intervención estatal, con infraestructura y servicios.

Con sus características específicas, ambos mercados –el de trabajo y el inmobiliario– presentan una problemática en común: responden a los cambios de estación y a la demanda del veraneante que parece extender los parámetros de la oferta más allá del verano. Muchos geselinos habitan una ciudad que se jacta de un conjunto de recursos y servicios a los cuales no todos pueden acceder. No viven “en la playa”; viven, en efecto, en una ciudad que comercializa su fuerza de trabajo a bajo costo y limita los canales de acceso a un hábitat integrado. Viven en una ciudad especulativa y desigual, que impone

restricciones al derecho a la vivienda, pero que también decide cederle al turista el derecho a la belleza.

Este análisis me ha permitido observar que en esta localidad el derecho a la ciudad opera de forma desigual entre los diversos sectores que aquí habitan. Todos los actores intervienen, de alguna manera, en los itinerarios urbanos. Tanto los sectores más establecidos como los más marginales inciden, con sus representaciones, sus prácticas y su habitar, en la expresión que asume esta ciudad “dividida”. Sin embargo, unos pocos poseen ciertos privilegios. Algunos actores deciden –porque pueden– dónde, cómo y de qué vivir, y además tienen la capacidad de comercializar, invertir y especular con el valor de la tierra y las propiedades, incidiendo activamente en los ciclos del mercado inmobiliario y apelando a las ganancias turísticas. Estos actores también imponen ritmos y condiciones laborales. Otros, por el contrario, se ven avasallados por decisiones ajenas, obligados a tomar trabajos perjudiciales que, sin embargo, prometen ser la salvación y despojados de toda posibilidad de acceder plenamente a la ciudad en la que viven. Si bien unos y otros parecen atrapados, sólo algunos tienen mayor capacidad de sortear los efectos que la estacionalidad conlleva.

## **Bibliografía**

- Appadurai, A. (Ed.). (1986). *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México D.F. : Grijalbo.
- Augé, M. (2008). *El Viaje imposible. El Turismo y sus Imágenes*. Barcelona: Gedisa.
- Baum, T., y Lundtorp, S. (2001). Seasonality in tourism: An introduction. In (EDITOR) *Seasonality in tourism*, (pp. 1-4).
- Benseny, G. (2011). *La zona costera como escenario turístico. Transformaciones territoriales en la Costa Atlántica Bonaerense. Villa Gesell* (Argentina). Tesis de Doctorado en Geografía: Universidad Nacional del Sur.
- Bertoncello, R. (2008). Turismo y territorio: entre las articulaciones escalares y la valorización de los lugares. Perspectivas de análisis e interpretación a partir de estudios de caso de Argentina. *Actas digitales X Jornadas Cuyanas de Geografía*. Universidad Nacional de Cuyo.
- Borja, J. (2014). La ciudad y el derecho a la belleza. *El Respetable*, México. Recuperado el 18 de julio de 2021 de: <https://www.jordiborja.cat/la-ciudad-y-el-derecho-a-la-belleza/>
- Bruno, P. y Lemme, D. (2010). Turismo, territorio y paisaje en la costa bonaerense argentina 1920 – 1940. *Estudios y perspectivas en turismo*, (19)1, 45-62.
- Carbonell Camós, E. (2004). *Debates acerca de la antropología del tiempo*. Barcelona: Publicacions de la Universitat de Barcelona.
- Dadon, J. (2011). Patrones de urbanización turística costera. En J. Dadon (Ed.), *Ciudad, paisaje, turismo. Frentes urbanos costeros*. Buenos Aires: Nobuko.
- de Abrantes, L. (2018). *Habitar entre polos. Una etnografía de las experiencias de transformación urbana en una ciudad media bonaerense*. Tesis de maestría en Antropología Social, FLACSO, Argentina.
- de Abrantes L. (2021). *En los senderos del tiempo. Una etnografía sobre las experiencias temporales de un balneario bonaerense (Villa Gesell 2015-2020)*. Tesis de doctorado en Antropología Social. Universidad Nacional de San Martín.
- de Abrantes, L. (2024). Estacionalidad turística y paisaje costero. Una etnografía espaciotemporal de la ciudad balnearia de Villa Gesell. *Revista Del Museo De*



*Antropología*, 17(2), 187-202.

Departamento de Estadísticas. Provincia de Buenos Aires (2024). *Producto Bruto Geográfico de la provincia de Buenos Aires (PBG-PBA) 2023*. Recuperado de: [https://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/index.php?option=com\\_content&view=article&id=924&catid=10&Itemid=257](https://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/index.php?option=com_content&view=article&id=924&catid=10&Itemid=257)

Dirección Nacional de Mercados y Estadística (DNMyE) (2022). *Estacionalidad en el turismo. Análisis territorial a partir de la ocupación hotelera y el empleo en Argentina*. Recuperado de: <https://biblioteca.yvera.tur.ar/>

Garazi, D. (2020). *El revés de las vacaciones. Hotelaría, trabajo y género. Mar del Plata, Segunda mitad del siglo XX*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Goulding, P. J., Baum, T. G., y Morrison, A. J. (2005). Seasonal trading and lifestyle motivation: Experiences of small tourism businesses in Scotland. *Journal of Quality Assurance in Hospitality & Tourism*, 5(2-4), 209-238.

Graeber, D. (2021). *En deuda. Una historia alternativa de la economía*. Barcelona: Ariel.

Greene y de Abrantes (2021). Ni urbano ni rural: lo 'citadino' como tipología para pensar la ciudad no metropolitana. *Revista EURE - Revista de Estudios Urbano Regionales*, (47) 141, 231-250.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Hernández, F. (2019). "Estudio sobre la mercantilización de las playas en la costa marítima bonaerense". En *Estudios Socioterritoriales*, (25), 1-26.

Higham, J. y Hinch, T. (2002). Tourism, sport and seasons: the challenges and potential of overcoming seasonality in the sport and tourism sectors. *Tourism management*, 23(2), 175-185.

INDEC (2020). Encuesta de Ocupación Hotelera. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-3-13-56>

INDEC (2022a). Encuesta de Ocupación Hotelera. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-3-13-56>

INDEC (2022b). Censo Nacional de Población. Resultados preliminares. Recuperado de: <https://www.indec.gob.ar/indec/web/Nivel4-Tema-2-41-165>

Iparraguirre, G. (2011). *Antropología del Tiempo. El caso mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Koenig-Lewis, N. y Bischoff, E.E. (2005). Seasonality research: The state of the art. *Int. J. Tour. Res.* (7), 201-219

Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.

Mantero, J.C. (2006). "Urbanización y balnearización del litoral atlántico". En: Isla, F., Lasta, C. (comp.) *Manual de Manejo Costero para la Provincia de Buenos Aires*. Mar del Plata: Eudem.

Mantero, J. C., Bertoni, M., Benseny, G. y Barbini, B. (1997). "Afrontar la estacionalidad: Mar del Plata". *Aportes y Transferencias*, 1(1), 75-107.

Mantobani, J. (2000). *Más allá de la ciudad del actor y el sistema. Repensando el proceso de producción del espacio urbano a partir de los aportes de Norbert Elias*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don. Forma y funcionamiento del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz Editores.

Mauss, M. y Beuchot, H. (1979 [1905]). Ensayo sobre las variaciones estacionales de



- las sociedades esquimales. En M. Mauss (Ed.), *Sociología y antropología*. Madrid: Técno.
- Narotzky, S. (2003). Economía y cultura: la dialéctica de la antropología económica. *Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia*, (19) 133-143.
- Noel, G. (2020). *A la sombra de los bárbaros. Transformaciones sociales y procesos de delimitación moral en una ciudad de la Costa Atlántica bonaerense (Villa Gesell, 2007-2014)*. Buenos Aires: Teseo.
- Noel, G. y de Abrantes, L. (2014). "La gran división: crecimiento y diferenciación social en una ciudad balnearia de la Costa Atlántica Bonaerense". *Argumentos. Revista de crítica social*, (16), 141-166.
- Ordoqui, J. y Hernández, F. (2009). Caracterización socioterritorial de los asentamientos turísticos-balnearios del litoral marítimo de la Provincia de Buenos Aires. *Revista Universitaria de Geografía*, (18)1, 105-140.
- Pastoriza, E. (2011). *La conquista de las vacaciones. Breve historia del turismo en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pastoriza, E. y Torre, J. C. (2019). *Mar del Plata, un sueño de los argentinos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pegoraro, V. (2019). La crisis del "mercado inmobiliario del ocio" en Mar del Plata: retroceso y desaceleración de la industria de la construcción (1975-1989). *Registros*, (15)2, 73-93.
- Piglia, M. (2014). *Automóviles, turismo y caminos. Los clubes de automovilistas y la formación de las políticas turísticas y viales en la Argentina (1918 -1955)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Polanyi, K. (2007). *La gran transformación. Crítica del neoliberalismo económico*. Madrid: Quipu Editorial.
- Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, Año XII, núm. XVII, 47-66.
- Santana Talavera, A. (1997). *Antropología y turismo. ¿Nuevas hordas, viejas culturas?* Barcelona: Editorial Ariel.
- Strathern, M. (2023). *El género del don. Problemas con las mujeres y problemas con la sociedad en Melanesia*. México D.F.: Universidad Iberoamericana.
- Tasso, A. y Zurita, C. (2013). Aves de paso: los trabajadores estacionales de Santiago del Estero. *Trabajo y sociedad*, (21), 33-47.
- Tauber, F. (Comp.) (1998) *Villa Gesell: Reflexiones y Datos para una Estrategia de Desarrollo*. La Plata: Secretaría de Extensión de la UNLP.
- Vargas Cetina, G. (2007). Tiempo y poder: la antropología del tiempo. *Nueva Antropología*, vol. XX, núm. 67, pp. 41-64.
- Wilkis, A. (2018). *El Poder de (e)valuar. La producción monetaria de las jerarquías sociales, morales y estéticas en la sociedad contemporánea*. Buenos Aires: UNSAM Edita.



**Lucía de Abrantes** es Doctora en Antropología Social (UNSAM). Investiga, con enfoque etnográfico, diversas dimensiones de las temporalidades; es decir, modos situados de experimentar el tiempo (estacional, rítmico, cronológico). Se interroga por la agencia del tiempo en los modos de habitar, principalmente, escenarios turísticos de la Argentina. Sus principales indagaciones recogen y problematizan aportes provenientes del campo de la antropología del tiempo, la antropología urbana y la antropología del turismo.